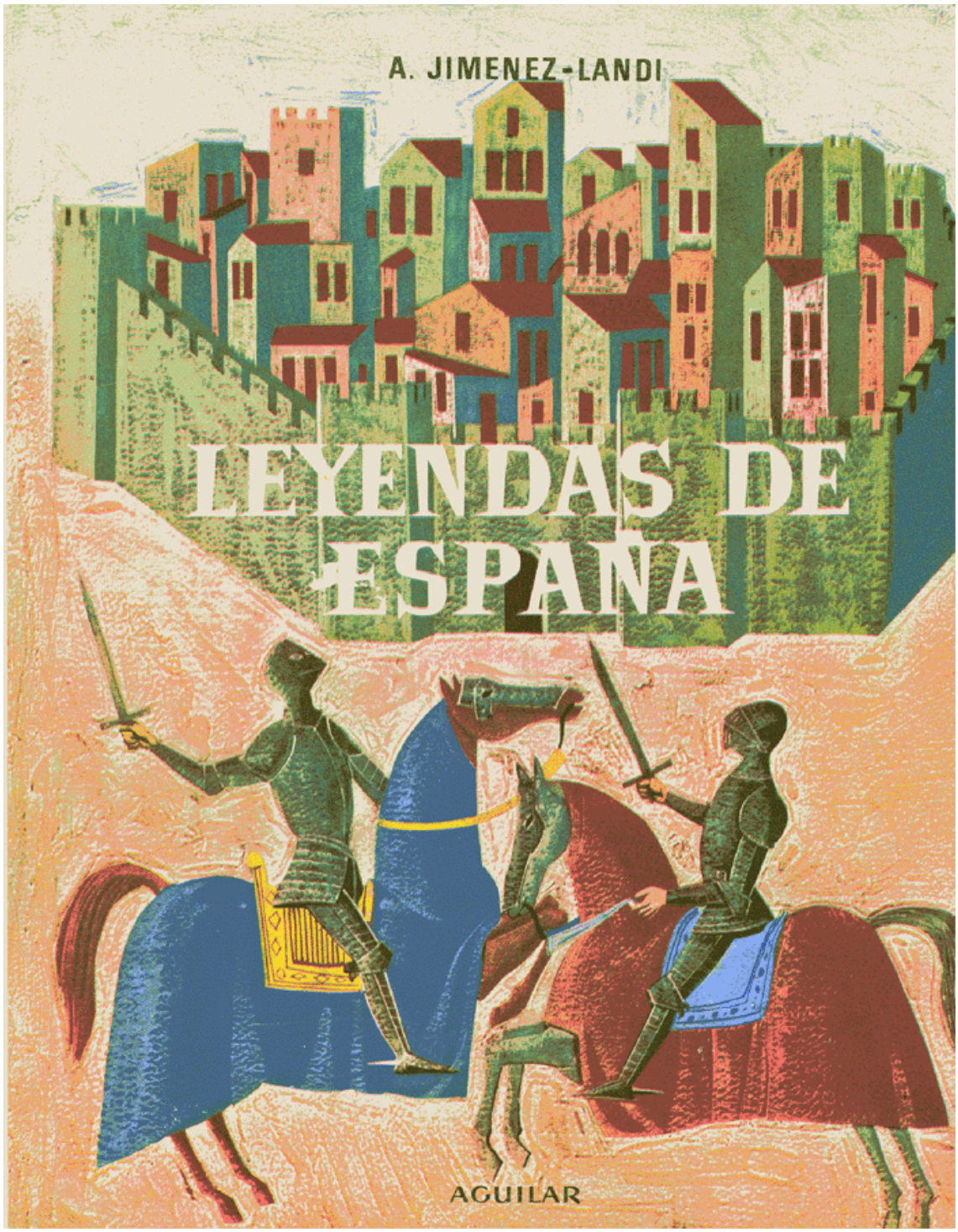
LEYENDAS DE ESPAÑA
A.JIMENEZ LANDI



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

ESPAÑA, país tan vario en su geografía como viejo en Historia, posee un bello tesoro de leyendas: unas, entroncadas con antiguos temas que recorrieron el mundo medieval y cuyos orígenes sería muy aventurado definir; otras, inspiradas en mitos locales, procedentes de una época precristiana y que todavía perduran en las supersticiones del pueblo; por último, existen muchas que se derivan de poemas anónimos fundados, a su vez, en alguna ocurrencia histórica, más o menos desfigurada por la musa popular.

Muy característico de nuestras narraciones patrias es su vinculación a la magna empresa de la Reconquista, y de ahí que los protagonistas de estos relatos sean, con frecuencia, los moros, a quienes se atribuyen cualidades mágicas, hijas, sin duda, del prestigio que alcanzaron los médicos y los astrónomos musulmanes en la brillante época del califato cordobés y aun de los reinos de Taifas.

En el presente libro he procurado reunir una leyenda característica de cada una de las grandes regiones en que se divide históricamente la parte española de la Península Ibérica. En ellas podrán apreciar los lectores un reflejo de cuanto queda dicho.

CASTILLA

LA LEYENDA DE FERNÁN GONZALEZ

I

Corrían los años en que los califas de Córdoba dominaban casi toda España. En el norte de ella, los príncipes cristianos se batían denodadamente por sostener sus pequeños reinos contra el poderío musulmán, poco menos que agarrados a las rocas del Pirineo y de los montes cántabros, y detrás de los grandes ríos Ebro y Duero, que les servían de defensa natural.

Los musulmanes daban poca importancia a estos reinos del Norte, que podrían destruir fácilmente, como el león que mata una mosca de un zarpazo; pero la mosca no dejaba de picar al león en cuantas ocasiones eran propicias. Durante los veranos, principalmente, una tropa más o menos importante solía penetrar en el territorio musulmán para apoderarse de algún castillo frontero y destruir las cosechas a punto de recogerse, y, en la misma época, el ejército del califa arrasaba la campiña de los cristianos y tomaba por asalto alguna de sus fortalezas.

Tal estira y afloja era característico de tan dilatada lucha, prolongada desde que las tropas de Tarik y de Muza habían invadido el territorio español, y Pelayo, el valeroso caudillo cristiano, les había hecho frente y resistido en las escabrosas breñas de Covadonga.

A la sazón, reinaba en la gran urbe del Guadalquivir, en la famosa Córdoba, el califa Hisen II hijo y heredero del gran Alhaken, de glorioso reinado. Pero quien dominaba de veras, el auténtico señor de Al-Andalus -España en árabe-, era su ministro y general Almanzor, nombre que ya indica el victorioso.

Las campañas de este caudillo, extraordinario por su talento político, por sus dotes de gran soldado y por su desmedida ambición, habían impuesto a los reyes de León y Asturias, de Aragón y de Navarra, una forzada quietud, parecida a la de la muerte, porque ninguno de estos príncipes osaba atacar al invencible valí cordobés que, en el colmo de su arrogante acometividad, había destruido totalmente León; pero dejando en pie una sola de sus torres, para que sirviese de monumento conmemorativo por su victoria. Otra vez llegó hasta el venerado sepulcro de Santiago apóstol, allá, en Galicia, y, después de profanar su templo y de saquearlo, arrancó las sonoras campanas, que tan bien tañían en los valles melancólicos y verdes de Compostela, y, cargándolas sobre las espaldas de los cristianos cautivos, habíalas llevado a Córdoba, donde se las ofrendó a Alah en su famosísima mezquita. Pues en estos años tan tristes para los siervos de Cristo, gobernaba el condado de Castilla, pequeña comarca al extremo oriental del reino leonés, un inquieto señor que se llamaba Fernán González. Como todos los caballeros de su época, Fernán González era muy aficionado a la caza y el manejo de las armas su principal empleo, pues cuando no las esgrimía contra los moros, o en los ejercicios propios de todo caballero, las dedicaba a la caza mayor, tan abundante en los valles y montes que rodean la villa de Lara, en la orilla de un riachuelo que vierte su caudal en el Arlanza, entre Salas y Covarrubias. Un día que Fernán González iba cazando por estos montes llenos de maleza, le salió un jabalí de una mata. La res era magnífica, y el conde comenzó su persecución, saltando sobre matorrales y vericuetos sin fin, con el solo propósito de cobrarla. El puerco se le escapaba siempre, pero sin desaparecer del todo a su vista, ni ponerse a tiro, por lo cual Fernán González no se determinaba a abandonar la pieza, aunque no conseguía, tampoco, alcanzarla. El cazador y el animal, uno en pos de otro, bajaron casi hasta la orilla del Arlanza, que, por aquella parte, discurre entre pinos y sotos. El jabalí corría por los matorrales ágilmente y el caballo del conde galopaba detrás..., hasta que, a punto de darle alcance, las patas del caballo se trabaron entre la maleza sin permitirle andar. El conde echó pie a tierra, y desenvainó la espada para matar al jabalí; pero este corrió entonces hacia una ermita semioculta en el boscaje, metiéndose dentro de ella. Y, una vez en el interior, buscó refugio detrás del altar.

El buen conde penetró, también, en el pequeño templo; pero, respetuoso con el sagrado recinto, en vez de herir al jabalí se arrodilló ante el altar para hacer oración. Apenas comenzada, salió un monje de la sacristía. Era un anciano de luenga barba; tenía los pies desnudos y se apoyaba en un retorcido y nudoso báculo.

-Vengas en paz, buen conde, y ya que la persecución de un jabalí te ha traído a este santo lugar, sabe que es hora de que abandones las

cacerías y vayas a combatir contra Almanzor, el azote de los cristianos. Te espera una dura batalla, porque el ejército enemigo es muy numeroso y muy fuerte; pero en ella alcanzarás gran renombre. Antes de empezar el combate has de ver una señal que hará temblar tu barba y llenará de terror a tus caballeros. Ve, pues, a la lucha en la que alcanzarás la victoria, y, después, toma por esposa a una buena dama que se llama doña Sancha. Sufrirás grandes tribulaciones, pues, por dos veces, habrás de verte sujeto con grillos y aherrojado en oscura prisión, pero tu gloria será muy grande, y si algún día alcanzas honor y poderío, no olvides esta ermita humilde, perdida en medio de un monte.

Fernán González quedóse perplejo, pero agradecido. Se despidió del anciano monje, montó a caballo y fue al encuentro de sus hombres, que ya le buscaban, impacientes, por entre los espesos robledales.

II

Almanzor venía, efectivamente, corriendo toda la tierra de Castilla con un ejército poderoso: talaba montes, incendiaba mieses, deshacía hogares, asaltaba poblados... Fernán González reunió la mesnada y salió a su encuentro. Ya se veían, lejanas, las innumerables tropas del valí cordobés. El castellano hizo un breve recuento de los pendones que traía y comprendió que eran muy pocos para combatir con los agarenos, que avanzaban por el campo como las olas de un mar proceloso.

Mientras el conde meditaba la resolución que más convenía, uno de sus caballeros salió de los haces, y galopando velozmente por delante del pequeño ejército, se alejó una larga distancia... Entonces, la tierra se abrió ante su caballo, y animal y jinete desaparecieron en la profunda brecha, que volvió a cerrarse tras ellos.

El conde y los suyos sintieron un profundo terror; espantoso miedo espeluznaba a los hombres más curtidos en los horrores de la guerra.

Pero, en seguida, Fernán González se animó grandemente. ¿No era esta la señal que le había predicho el ermitaño? Y, volviendo el corcel hacia sus tropas, empezó a gritar:

- ¡Caballeros! Nada temáis. Lo que acabáis de ver es la señal de nuestra victoria, porque si la tierra no es capaz de resistirnos, ¿ cómo van a poder los infieles con nosotros? ¡¡ Santiago y adelante! !

Ved las lanzas en ristre, los escudos sobre los pechos, los pendones flameando al frente de los nutridos escuadrones... y cien, mil, dos mil corceles, galopar contra los soldados del califa, que avanzaban, precedidos por los estridentes atambores, en apretados haces.

La distancia se acorta entre los dos ejércitos. Cada vez se ven más grandes las figuras enemigas y el peligro está más próximo...

- ¡¡¡ Santiago, cierra!!! Y las agudas lanzas y las temibles picas hacen saltar de sus monturas a los primeros jinetes de Mahoma.

En una nube de polvo, ruedan por el campo los yelmos hendidos, marlotas y lorigas hechas jirones, adargas atravesadas, lanzas rotas y

espadas hechas pedazos; los mejores caballos andaluces se desangran en el suelo...

- ¡¡¡Santiago, cierra!!! Al. caer la tarde, el campo está cubierto de cadáveres y de heridos entre los despojos de la batalla. Los moros supervivientes huyen, amparados por las sombras de la noche. Fernán González ha vencido; el botín que recoge es inmenso... Gracias sean dadas al Señor, que ha protegido a los valientes castellanos.

El conde separa, entonces, una parte del riquísimo botín y se encamina a las orillas del Arlanza; penetra en la ermita y entrega al buen monje un caudal considerable para que levante una iglesia al Señor.

Aún hoy, las ruinas del famoso monasterio de San Pedro de Arlanza, con sus ojivas rotas y sus muros desplomados, atestiguan, sobre las piedras de un templo románico primitivo, la verdad de esta leyenda famosa.

III

Castilla era una comarca tributaria del reino de León, cuyo soberano designaba a los condes que habían de regirla.

Por aquel tiempo, el rey don Sancho quiso reunir Cortes, y envió aviso a Fernán González para que acudiese a ellas. El castellano fue de muy mala gana, porque no quería besar la mano del monarca leonés. Castilla aspiraba a la independencia y su buen conde se resistía a doblegarse ante el rey.

Mas, por lo mismo, el soberano salió a recibir a Fernán González, tratando de halagarle y de darle mayor honra, por si de esta manera se le atraía más fácilmente.

El conde tenía en la mano un azor hermoso y montaba un corcel magnífico, ganado en la batalla contra el terrible Almanzor.

-Buen caballo contáis, conde- dijo el rey-, y vuestro azor me da envidia. Quisiera que me vendieseis ambos animales.

-El señor no tiene que pagar lo que posea su vasallo. Así, pues, vuestros son- respondió Fernán González.

Pero el rey no quiso. aceptarlos gratis y se empeñó en que habían de ser comprados, pues, si no era así, de ninguna manera se los quedaría.

Entonces Fernán González puso precio al azor y al corcel, precio que al soberano le pareció muy pequeño.

-Señor, puesto que os habéis empeñado en pagar, yo os he vendido mi azor y mi caballo en lo que creí que era justo; pero añadiré una condición: que a cada día que pase entre la entrega de las prendas compradas y aquel en que me paguéis su valor, habrá de doblarse el precio.

-Aceptado-dijo el rey. Tomó el caballo de Fernán González, tomó el azor... y ya no se acordó del trato que había hecho con el conde.

Pasaron siete años..., al cabo de los cuales el rey de León volvió a reunir Cortes y volvió a llamar al conde de Castilla para que asistiese a ellas. Mas el conde, en lugar de apresurarse, dejó que pasasen dos años más.

E1 monarca, muy quejoso por la conducta de su vasallo y porque, además, hacía mucho que no le pagaba el tributo debido, volvió a escribir al conde amenazándole con quitarle el condado y desterrarle de Castilla.

Fernán González, entonces, marchó a León. Ya estaba allí el monarca. Presentóse ante don Sancho, hincó la rodilla en tierra y le pidió las manos para besárselas.

Pero el rey se las negó, y dando suelta a su contenida rabia, llamóle infiel y traidor delante de toda la Corte.

Fernán González se puso en pie y dijo: -Señor, hace nueve años que vine a Cortes y os vendí mi caballo y mi azor; mas hasta hoy no se me ha dado su precio. Haced cuenta de lo que debéis y yo os daré la diferencia, si la hubiere.

La arrogancia de Fernán González incomodó más a don Sancho, y dispuso que el conde fuese preso inmediatamente y metido en triste calabozo, bien sujeto con grillos y cadenas.

Las noticias de esta malaventura llegaron a oídos de doña Sancha, la condesa, quien, sin perder un minuto, se puso en camino hacia León con una tropa de trescientos hijosdalgo castellanos. Pero la impaciencia de doña Sancha por ver a su marido-era tan grande, que se adelantó a todos y pronto se vio a los pies del rey; pidióle permiso para ver al preso y, seguidamente, fue conducida a la torre donde aquel se hallaba.

Doña Sancha, entonces, dirigiéndose al conde, le dijo:

-Pronto, mi señor, levantaos y trocad las ropas conmigo.

Y en un abrir y cerrar de ojos quedó hecho el cambio, de manera que, poco después, una persona vestida de dama desaparecía por donde había entrado la condesa y otra persona, con las ropas del preso, quedaba en la torre.

Pero, al día siguiente, las dueñas y los trescientos hijosdalgo que habían venido con doña Sancha hacían su entrada en León, y se presentaban ante el rey exigiendo la libertad de su señora.

-¿De qué señora? -respondió el soberano.

-De nuestra condesa, doña Sancha, que habéis apresado sin motivo para ello.

El rey dio una excusa y dispuso que se abriera el calabozo para que los castellanos se convencieran de su error. Pero, al penetrar en la celda, todos vieron asombrados que, efectivamente, el prisionero no era el conde, sino su mujer.

Don Sancho no quiso tomar represalias, toda vez que Fernán González ya estaba en sus tierras y cualquier medida que adoptase contra la esposa había de ser vengada, ferozmente, por el guerrero más temible de sus reinos. Así, pues, dejo marchar a la cautiva, y aun hizo que la acompañara una lucida escolta de honor.

Una vez libertados el conde y la condesa, Fernán González exigió al rey que le pagara el precio convenido por el azor y por el caballo.

Mas cuando el rey y sus consejeros hicieron la cuenta, doblando la cantidad inicial en cada jornada transcurrida desde la fecha de la compra, vieron que no había dinero bastante en el reino de León para satisfacer la deuda contraída con Fernán González.

Así pues, era más económico perdonar la contribución que el conde adeudaba al rey, más la que debiese de allí en adelante, como tributario suyo.

De este modo, por un caballo y un azor Fernán González acababa de conseguir la independencia de Castilla.

GALICIA

EL TESORO DEL ARRIERO

Siempre se ha dicho que las mujeres pecan de curiosas, y que, en ocasiones, esta malsana curiosidad acarrea serios disgustos a ellas y a sus maridos. Y, si no, que lo diga aquel arriero de Sobrado del Obispo, el cual perdió una fortuna por ser curiosa su mujer, curiosa y parlanchina, otro mal que también aqueja a muchas comadres.

Es el caso que Galicia, esa tierra hermosísima, situada al noroeste de España, está habitada por los gallegos y por los moros. A los gallegos todo el mundo los ve; pero a los moros, los gallegos solamente... Sin embargo, estos moros han hecho y hacen grandes cosas todavía. Obra suya son los castros, esos círculos concéntricos de pedruscos situados en los cerros, y que los arqueólogos atribuyen a los hombres primitivos. Porque los sabios modernos, engreídos en su ciencia, no creen que pueda haber todavía seres encantados, que habitan bajo la tierra y. que son invisibles.

Bien creía en ellos un arriero de Sobrado del Obispo que llevaba vino por los pueblos con su pesada y rechinante carreta. El hacía y deshacía el camino de su pueblo a Orense para transportar los cueros del rico néctar a sus parroquianos de la ciudad episcopal. Y, entre sus parroquianos, mal que se crea, los más importantes eran los moros.

De tiempo en tiempo, nuestro hombre iba a una bodega, llenaba sus pellejos con el mejor vinillo de Ribeiro que encerrase, y tomaba el camino de Orense, canturreando.

Una vez en la ciudad, subía con su pareja hasta los Castros de Trelles, dos promontorios que cierran el horizonte de la población hacia la raya de Portugal. Allí esperaba la aparición de los moros, antiguos pobladores de los castros. Salían de debajo de la tierra, donde ocupaban inacabables galerías que tienen minada toda la región. Esas galerías cuentan con dos puertas solamente: una al Este y otra al Oeste. Los moros salían por una de ellas, cargaban con el vino que el

arriero acababa de traerles y, en pago, le ponían sobre las manos ávidas unos trocitos de pizarra, extraída del fondo de la tierra.

El arriero guardábase los pedacitos de piedra gris en la faltriquera, y, cuando llegaba a su casa y vaciaba el bolsillo, las pizarras se habían transformado en monedas de oro.

Los viajes del arriero a los Castros de Trelles menudeaban; llegaron a ser diarios, y, por consiguiente, la fortuna del buen hombre iba en aumento que daba gusto.

Su mujer, que era muy curiosa, empezó a cavilar sobre el extraño fenómeno: de manera que su marido, no hacía mucho tiempo, apenas podía deshacerse de la mercancía después de recorrer toda la comarca, y ahora regresaba diariamente con la faltriquera llena de oro.

Como era lógico, la comadre preguntó al marido por la procedencia de aquel dinero, ganado tan fácilmente.

Pero el arriero de Sobrado no podía responder, porque los moros habíanle obligado a jurar que no diría a nadie la clase de clientes que tenía. De modo que el hombre, o bien callaba, o ponía excusas para llevar la conversación a otros objetivos.

-¿No te basta con el cerdo y con la vaquiña que compraste en la feria de Barbantes? ¿A ti qué se te importa de cómo gano yo los dineros?

Pero la comadre insistía una y otra vez: -Tienes que decírmelo, maridiño meu.., tienes que decírmelo; que los hombres no han de tener secretos para sus mujeres.

Y, por la mañana y a mediodía, y por la tarde, y por la noche... a todas horas, en todos los momentos:

-Tienes que decírmelo, maridiño meu...

El hombre ya no paraba en casa un solo segundo sin oír la misma cantilena. . .

Y pensó que, una de dos, o se marchaba del hogar para siempre, o revelaba a su mujer el secreto de los moros.

En un momento de debilidad optó por esto último; pero, eso sí, con todo género de precauciones. Cuando ya dormía todo el mundo en la aldea y no se oía más que el vagido tenue de la vaquiña en el establo, con olor a heno, el arriero llevóse a su comadre hacia el último rincón de la casa y allí le relató lo que sucedía. ¡Pero, cuidado con decírselo a nadie! Ni los moros mismos, que todo lo saben, habían de enterarse de tal revelación.

¡Pues no faltaba más, con lo discreta y callada que era ella! Antes hacían hablar a los penedos del Monte das Cantariñas o a los ángeles del Pórtico de la Gloria que sacarle a ella del cuerpo el secreto de los moros...

Y a la mañana siguiente, cuando el buen arriero cargó su carreta y marchóse hacia los Castros de Trelles, la comadre se metió en casa de la Mariquiña y empezó a cuchichear..., y salió de casa de la Mariquiña y se metió en el establo de la Carmiña, y siguió cuchicheando, y salió del establo de la Carmiña y se entró en la tienda de la Carboeira y habló por los codos también...

-Ya sabe que mi marido es el que les carretea el vino a los moros. Pero, chitón, y no vaya a decírselo a nadie..., a nadie...

La Mariquiña, y la Carmiña, y la Carboeira en cuanto vieron a sus respectivos esposos, les increparon:

-¿Qué te parece? Todo el día te lo pasas trabajando, de sol a sol, para ganar cuatro cuartos que no llegan a la noche y el arriero no hace más que un viaje de vino y vuelve con la faltriquera llena de oro. Ya podías tú hacer lo que él hace... Vender algo a los moros... Sí, sí, a los moros...

En esto, el arriero llegó a los Castros de Trelles con los odres repletos de buen Ribeiro. Pero en vano esperó a que los misteriosos compradores se hicieran visibles. La puerta del Este y la puerta del Oeste permanecieron cerradas.

El arriero volvió a su casa como si nada hubiese sucedido -los galleguiños son duros cuando la suerte les vuelve la cara-. Los vecinos de Sobrado del Obispo se asomaban a las puertas y a las ventanas para verle pasar. Iba cariacontecido y estoy por decir que hablaba solo, entre dientes. Su comadre salió a recibirle...

-¿Sabes? No he dicho nada a nadie, a nadie... El arriero tampoco dijo nada. Se remangó aquellos brazos membrudos que sujetaban a un buey por el testuz, y izas! izas!, la emprendió a bofetones con su mujer hasta que se cansó de pegarle.

Pero la fortuna se les había ido para siempre.

ASTURIAS

LA FUENTE DE LA XANA

Los musulmanes acababan de conquistar la Península Ibérica desde la punta de Tarifa hasta los montes de Cantabria, donde Pelayo, noble visigodo, y unos pocos, pero valientes cristianos, habían detenido, por fin, el ataque de los infieles. Este núcleo cristiano dio origen al pequeño reino de Asturias, cuya capital era Cangas de anís. Pero, fuera de los valles del Sella y del Nalón, todo el territorio peninsular estaba en poder de los moros; por consiguiente, no había príncipe tan osado que negara a los emires y a sus caudillos militares cosa ninguna que le pidiesen.

Los jefes musulmanes procedían, en gran parte, del norte africano y estimaban mucho las mujeres blancas y rubias de la región asturiana. Así, pues, aprovechándose de su fuerza indiscutida y de la debilidad y holgazanería de Mauregato, rey de Asturias, le impusieron un

vergonzoso tributo que consistía en la entrega anual de cien doncellas para el emir de los creyentes, que reinaba en Córdoba.

Esto sucedía en los últimos diez años del siglo octavo, sólo veinte después de la derrota sufrida por el rey don Rodrigo en las orillas del Guadalete.

Para mayor bochorno, el mismo rey de Asturias era el encargado de reunir las cien doncellas y de entregarlas a las tropas musulmanas; pero no satisfecho con su lamentable misión, las elegía siempre entre las más bellas, con el fin de tener muy contentos a los enemigos y que no perturbaran su vida pacífica y ociosa.

Cuando se aproximaba la fecha de la cruel entrega, los soldados de Mauregato -que jamás luchaban contra los infieles-, recorrían una por una todas las aldeas del reino y se apoderaban, a viva fuerza, de las cien jóvenes más hermosas, para entregárselas a los moros. Aquellas infelices ya no volverían a ver padres ni hermanos, amigos ni vecinos. En algún lugar del vasto Al-Andalus se extinguirían tristemente junto a un esposo mahometano que las obligaría a cambiar de religión.

El tributo de las cien doncellas era cruel; inhumano, insoportable; pero nadie se atrevía a rebelarse contra él, por miedo a la cólera de Mauregato, que así compraba la paz de sus fronteras.

A la entrada de Avilés vivía un matrimonio con una hija llamada Galinda y tan hermosa, que no se le podía igualar ninguna joven de la comarca.

A medida que la muchacha iba creciendo ganaba en belleza, y los padres la miraban con mayor temor, figurándose lo que había de suceder el día en que las tropas del rey pasaran por el pueblo..., lo que sucedió, por fin, un mal día, cuando llamaron con fuertes golpes en la entrada de la casa. La madre, desprevenida, salió a abrir, y en el umbral de la puerta vio, con horror, los rostros y las armas de los soldados.

La pobre madre se quedó como muerta; mas, de pronto, recordó que su hija había ido por agua.

Los guerreros no declararon el propósito que los guiara hasta allí. Se limitaron a pedir alojamiento por aquella noche, pues -según explicaban- iban a otra parte, donde el monarca les había encomendado una determinada misión.

Y en aquel momento, sin sospechar la clase de gentes que ocupaban la humilde mansión, he aquí a Galinda que entra en ella cantando, como siempre.

No fue tan torpe que se le escapara la verdadera intención de los soldados; pero disimuló su temor y empezó a entonar las canciones hermosísimas de los asturianos, a las cuales acompañó con la danza, de suerte que aquellos hombres de alma endurecida se extasiaron mirando y oyendo a la preciosa muchacha.

Pero Galinda era muy inteligente y se daba cuenta de que, tan pronto como terminasen el baile y las canciones, los guerreros de Mauregato se apoderarían de ella para entregarla a los moros con otras noventa y nueve desgraciadas, y propuso a la tropa entonar una canción y bailar una danza, todavía más bella que la que acababan de

admirar, pero cuya ejecución solo podía hacerse en el campo, a luz de la luna.

Los soldados del rey aceptaron la idea con gran regocijo, y salieron todos al prado que rodeaba la casina.

De este modo, Galinda empezó a alejarse del grupo, so pretexto de buscar un sitio más a propósito para la misteriosa danza; y cuando consideró que estaba lo suficientemente lejos de sus aprehensores, emprendió una carrera tan veloz a través del monte, que los engañados guerreros no podían alcanzarla. Pero su resistencia llegaría al fin, y era preciso buscar sitio donde ocultarse antes de que aquello sucediese. Así, pues, Galinda llegó a la fuente con objeto de esconderse detrás de ella; pero, al acercarse, oyó una voz melodiosa, como debe de ser la voz del agua, que le decía:

-Si tú quisieras ser mi xana vivirías días felices.

La xana era una especie de hada o ninfa, según los mitos antiquísimos de Asturias.

-¿Y qué tengo que hacer para convertirme en xana?- preguntó Galinda.

-Bebe un sorbo de mi agua, y luego no sólo te verás libre de los soldados del rey, sino que acabarás, para siempre, con el tributo de las cien doncellas. La joven se puso muy alegre al oír tales palabras, que brotaban de la fuente misma; se arrodilló ante ella, bebió un sorbo de agua con fe, con ansiedad, y, en el mismo instante, vio que la superficie líquida se abría para esconderla en su fondo.

Por todo el monte retumbaban las voces de los soldados:

- ¡¡¡ Galinda!!! ¡¡¡ Galindaaa... !!!

Pero solamente el eco respondía en valles y gargantas, repitiendo:

-... ¡¡¡ Galindaaa!!!

La joven había desaparecido, como por encanto; la noche cerraba ya, y era inútil seguir la búsqueda.

Los guerreros volvieron a casa de los padres, pasaron allí la noche y, a la mañana siguiente, con los primeros albores ron al campo otra vez para buscar a la zagala que se había burlado de los soldados furiosos, como es de suponer. ¡Ah!, si la encontrasen...

En esto habían llegado a las proximidades de una clara fuente; no lejos de allí se oía una música maravillosa y dulce. Los soldados, sorprendidos, se ocultaron para observar a la persona que tan tiernamente cantaba Y vieron una criatura hermosísima, resplandeciente, en todo semejante a la zagala que venían buscando. Sí, ella era, sin duda; pero todavía más hermosa y más encantadora que la víspera. Estaba en la fuente, peinándose los rubios y largos cabellos con un peinecillo de oro, mientras cantaba y encantaba con su voz, que parecía sobrenatural.

Los guerreros titubeaban; pero, al fin, avanzaron hacia ella...

Galinda, que ya era la xana de la fuente, clavó sus ojos, verdes como el agua, en los feroces soldados, y, en el acto, quedaron convertidos en carneros de rizos as lanas.

Pasaba el tiempo, y Mauregato se consumía de impaciencia porque se aproximaba el día de entregar las cien doncellas al enviado del emir y sus tropas no regresaban.

En vista de esa tardanza, envió otro grupo, todavía más numeroso, de soldados, y, si cabe, más feroces que los primeros; la pequeña tropa siguió los mismos caminos que la precedente; pero sin encontrar ningún rastro de ella en toda la comarca.

Guiándose por las indicaciones de algunos aldeanos que la habían visto, se encaminaron a Illés -el nombre de Avilés en tan remotas épocas-, y allí supieron que la tropa anterior había marchado a cierto lugar montuoso donde había una fuente...

Los soldados se aproximaban al lugar indicado, cuando una voz maravillosa los llenó de asombro.

A muy poca distancia de ellos, una joven, de hermosura sobrenatural, hilaba a la vera de la fontana mientras un rebaño de blancos y recios carneros pastaba en torno suyo.

La sedosa lana que la joven pastora hilaba con su rueca y su huso procedía, sin duda, de aquellos rizados vellones... Los guerreros avanzaron lentamente, como atraídos por la maravillosa visión... La mirada de la xana cayó sobre ellos... y, al instante, se transformaron en carneros también.

Y pasaron los días, y las semanas, y ya era tiempo más que sobrado de que la tropa enviada en pos de la primera hubiese vuelto a Pravia, donde Mauregato estaba con su ejército.

Pero nadie, absolutamente nadie, podía dar al rey la noticia más insignificante acerca de sus soldados. Se los vio entrar en Avilés, mas nadie los había visto salir.

Mauregato reunió en torno suyo a lo más florido de sus huestes, a los más valerosos caballeros, a los soldados más aguerridos, y, con un ejército numeroso, presentóse delante de la población que él creía rebelde y traidora, dispuesto a pasar a cuchillo a todos sus habitantes, a arrasar el caserío y a sembrar de sal el campo si no aparecían sanos y salvos los hombres de guerra que había enviado antes.

Pero en Avilés nadie sabía nada, sino que dos grupos de guerreros se habían internado en el monte por tortuoso camino que terminaba en un manantial...

Y el rey ordenó a sus hombres:

-Seguidme...

Y se dirigió hacia la fuente de la xana. Estaba el frío manantial en medio de un prado verde, que rodeaban espesos castaños y robles.

Sobre la blanda hierba, una muchacha bellísima tendía blancas madejas de lana para que las secase el sol, y, en torno, pastaban pacíficamente los carneros de un rebaño ya numeroso.

El rey espoleó su caballo, y cuando la doncella levantó los ojos verdes como el suelo que pisaba y claros como el agua de la fuente, ya el monarca estaba junto a ella.

-Xana, ¿dónde están mis soldados? Vamos, responde- ordenó Mauregato.

-¿Qué soldados, mi señor?- preguntó Galinda.

-Los que yo he mandado para recoger las cien doncellas.

-Esos que enviasteis no eran soldados, señor, eran corderos.

-¿Qué dices? ¿Te atreves a burlarte del rey? Eran soldados, lo mismo que esos que me siguen.

-Los soldados que te siguen, señor, son corderos también, y tú podías ser su pastor- repuso Galinda, con mesura.

Volvióse el rey. Su tropa había desaparecido misteriosamente, y, en lugar suyo, veíase un rebaño de carneros todavía más grande que el que rodeaba a la xana.

Instintivamente, Mauregato volvió los ojos hacia él mismo, y vio, con asombro, que había perdido su corcel, y que su loriga, su yelmo, sus armas, habíanse trocado en la burda zamarra de un zagal, en el zurrón y el cayado de un pastor cualquiera de aquellos montes. Las manos tenía rugosas y el rostro curtido por el sol.

Quedó espantado; pero, sobreponiéndose al terror que sellaba su boca, dirigió se a la bellísima doncella para rogarle que los desencantara a todos.

-Por lo que más quieras, xana- suplicaba el rey-, devuélveme mi caballo y mis armas y mi figura regia... Haz que estos borregos se conviertan, otra vez, en mis soldados y te daré cuanto me pidas...

-En tu mano lo tienes- replicó Galinda-. Rompe el pacto criminal de las cien doncellas, o, de lo contrario, ni tú recobrarás la figura que tenías, ni los corderos volverán a ser soldados; por el contrario, todos los guerreros qe vengan en tu busca seguirán su misma suerte.

Mauregato comprendió que no tenía más remedio que rendirse a la exigencia de Galinda, y así dijo:

-Te lo prometo bajo mi palabra de rey. Instantáneamente los corderos recuperaron sus figuras de hombres; el yelmo, la loriga y las armas cubrieron el cuerpo del soberano.

La xana había desaparecido y el rey volvióse a Pravia rodeado por su numerosa hueste.

Desde Pravia, Mauregato envió cartas al emir de Córdoba comunicándole que le era imposible cumplir con lo, pactado de allí en adelante, porque lo impedía una criatura misteriosa contra la que no podía luchar.

Gracias a la inteligente y hermosa Galinda, el tributo humillante y cruel había terminado para siempre.

En Avilés todavía existe la Fuente de la Xana, que me servirá de testigo.

VASCONGADAS

ARI BIYUR

En las cercanías de Oyarzun hay una ermita donde se venera a Santiago y a San Felipe; mas, en los tiempos de Maricastaña, estuvo consagrada a Nuestra Señora.

En cierta ocasión pasaba por las cercanías del pequeño templo una dama francesa de elevada alcurnia, muy bella y caprichosa, que acababa de pasar la frontera.

La encopetada señora se hacía escoltar por un cortejo, si no brillante, por lo menos muy lucido, y cuyo mando llevaba un apuesto caballero que marchaba a su vera.

La bella dama, con mucha gracia y soltura, montaba un corcel de la mejor estampa, y el caballero, un brioso alazán. Dama y caballero venían conversando animadamente. El mancebo, galanteando a la dama, y la dama dejándose galantear.

Así llegaron a Oyarzun y, mientras reponían fuerzas, entraron, por curiosidad, en la recatada ermita.

La dama era persona de poca fe; pasó la mirada por el pobre recinto y, al fin, abandonó los ojos en la imagen de Nuestra Señora. El galán oraba por lo bajo, sin atreverse a más.

De pronto, la mirada de la gentil amazona se detuvo en un rico rosario que la Señora tenía entre los dedos y dijo a su devoto acompañante:

- ¡Qué maravilla! ¡Qué alhaja sin igual! ¿A que no os atrevéis a entregarme ese rosario?

El caballero trató de disuadirla:

-De no estar en la mano de Nuestra Señora, confieso que ninguna otra lo merecería mejor que la vuestra-respondió, cortés.

-Pues si así lo pensáis y la Señora que lo tiene es una imagen tan solo, no debéis tener ningún reparo en traerlo a las mías.

-Señora, los objetos sagrados deben seguir en el lugar para el que han sido hechos…

-Pues yo os digo que deseo ese rosario y que he de tenerlo, porque jamás he visto ninguno semejante. Ni tampoco me negaréis que una talla de madera no puede disfrutar de él como yo lo disfrutaría.

-Fácilmente podéis encontrar un artífice que os haga otro más rico y más bello.

-Pues a mí se me ha antojado.

-Quién sabe si no será el exvoto de algún enfermo que recuperó la salud por mediación de la Santísima Virgen, o de alguna madre o esposa agradecida…

- ¡Bah! Esas son bobadas. Y es una pena que tal alhaja se quede aquí, en esta pobre ermita, donde no la estima nadie. Si vos no os atrevéis a dármela, veréis qué pronto la alcanzo yo.

Dicho y hecho; la dama se encaramó al altar y desató el rosario de la mano de la Virgen. Luego, lo contempló, gozosa, entre sus dedos y se lo guardó en la faltriquera.

Nadie había visto el robo. La dama salió de la ermita sonriendo, y el joven acompañante la siguió, sin atreverse a levantar los ojos hasta la imagen desposeída.

Con agilidad y gracia, la señora montó a caballo, el joven hizo lo propio y el pequeño cortejo se puso otra vez en marcha.

Ella, de cuando en cuando, miraba al caballero con picardía, como queriéndole hacer partícipe de su secreto. El caballero reprochábase interiormente su falta de valor al haber consentido un robo sacrílego..., y la conversación alegre y amena ya no volvió a reanudarse. Entonces la dama tomó una actitud orgullosa que no había de abandonar en lo sucesivo...

Por el camino, en dirección opuesta, apareció un viejecillo desmedrado y vestido muy pobremente que, al llegar ante la dama y su comitiva, gritó con voz grave y profunda:

- ¡Alto a los caminantes! A pesar de que la figura del viejo no podía inspirar temor ninguno, su actitud imponía, y algunos hombres de la escolta echa- ron mano a sus espadas.

El anciano de la voz tonante no se inmutó y dijo:

-Que nadie tema, sino la persona que tiene que temer. A vosotros no os pido nada.

Y luego, volviéndose a la dama, añadió: -Solo a vos os ruego que entreguéis el rosario que acabáis de robar a la Santísima Virgen de la ermita.

La dama palideció más de ira que de miedo, pero pudo sobreponerse y negó con tono despectivo:

- ¿Qué dice este hombre? Yo no he robado a nadie. Todo lo que llevo es mío. Este viejo está loco y no sabe lo que habla...

Pero el hombrecillo replicó:

-Yo sé que vos habéis sido quien, por una mala tentación, acabáis de coger el rosario de la Virgen con vuestras manos mismas...

Y la dama, fuera de sí, en un acceso de rabia, exclamó:

-Ari biyur (que me convierta, en piedra) si no es verdad lo que digo.

Y, en el acto, la dama se convirtió en roca. Todavía hoy puede verse una lápida con la figura de una mujer, a caballo, cerca de la ermita.

ARAGÓN

LA LEYENDA DE SAN JUAN DE AT ARÉS

En el año 711 de nuestra era, los musulmanes de la Mauritania ponen el pie en la Península Ibérica llamados por los hijos del rey Witiza para que los ayuden a conseguir el trono que, a la sazón, ocupa Roderico, o Rodrigo. Tarik manda la fuerza, derrota a Roderico en las márgenes del Guadalete o del Barbate, y continúa la conquista del país hacia Toledo, la capital visigoda, donde se reúne con Muza, gobernador de la Mauritania, quien también ha atravesado el estrecho de Gibraltar, atraído, sin duda, por las noticias que van llegándole sobre la victoriosa expedición de su subordinado. Y, mientras éste continúa la marcha hacia otras regiones del territorio español, Muza se dirige con su

ejército a la importante ciudad de Cesaraugusta, que después había de llamarse Zaragoza.

Ante la fuerza arrolladora de los invasores, los traicionados indígenas huyen despavoridos para refugiarse en las fragosidades del Pirineo, donde empiezan a construir pequeños poblados, que ocupan con los restos de sus ajuares.

Los fugitivos habitan las márgenes del río Gállego y del Aragón, que desciende por el valle de Canfranc, cuya elevada cima se ve a lo lejos. El paisaje es grandioso. La barrera de los Pirineos se levanta como un telón de fondo, maciza y blanca, sobre la llanura desamparada que surca el río, muy azul.

La Maladeta, Posets, el Vignemale, el Pic du Midi, están coronados por las nieves perpetuas. Son como gigantes de tres mil metros que aún domina la cumbre del Monte Perdido.

Sopla un viento helado y el sol apenas calienta el suelo cuando un paredón de piedra le oculta ya con su ingente presencia morada.

Al abrigo del monte Pano se ve una fortaleza que sus constructores denominan con el mismo nombre de la montaña, y en torno suyo hay una serie de cobertizos donde se alojan los futuros habitantes del pueblo en construcción. En este pobre lugar vive un anciano de barba venerable, como los Pirineos blanca, y larga como sus ríos.

El anciano tiene dos hijos, Félix y Oto, ambos jóvenes, que también trabajan en la construcción del poblado. Todos los días el padre va a cortar árboles en los pinares y robledos próximos.

Pero una tarde, cuando regresa de su dura labor, se sienta delante del hogar, cabizbajo y triste. Los hijos notan su profunda preocupación, y, después de cruzar una mirada de inteligencia, le preguntan cuál es la causa de su abatimiento.

-Hijos míos: tengo la certeza de que los infieles caerán sobre Pano y lo arrasarán, lo mismo que han hecho con tantos otros pueblos.

-¿Por qué lo pensáis, padre?

-Porque este mismo anochecer, cuando regresaba de la corta, he oído un grito de agonía, semejante a un gemido. Me detuve, presté atención, y el grito se repitió de nuevo, mientras una melodía fúnebre llenaba los valles.

Los hijos quedaron silenciosos. El anciano prosiguió:

-Creo que adivino vuestro pensamiento... Pues sí, hijos míos: era la canción de la Maladeta, semejante al llanto de una mujer; la voz lúgubre que sale de la roca maldita cada vez que va a ocurrir una gran desgracia.

Hubo otra pausa agobiadora.

-No calléis nada, padre- dijeron los jóvenes, al fin.

-Pues apenas había doblado la senda, cuando vi que la cumbre del Cúculo se cubría de negros y terribles nubarrones...

Estos dos signos eran fatales y los tres hombres se pusieron de rodillas y empezaron a rezar.

Grandes hogueras congregaban en torno a los constructores del pueblo y a sus familias. Había entrado la noche y todo el mundo se

recogió. Por el cielo oscuro empezaba a elevarse la luna, y su luz de hielo iluminó los valles.

El anciano llamó, entonces, a su hijo Oto y le rogó que subiera con él hasta la torre más alta de la fortaleza, porque era preciso vigilar toda la noche.

El hijo obedeció; pero sólo el campo se veía con sus largas sombras.

Mas, de pronto, un cuervo empieza a girar sobre la masa negra de los pinos. Allá abajo, en lo profundo del valle por donde va el río, se ve algo así como una cinta blanquecina que chispea de cuando en cuando. Pero no es una cinta, sino un ejército moro, cuyas armas despiden fulgurantes destellos a la luz de la luna.

La nutrida hueste se dirige a Pano, sin duda, y ya penetra en la garganta próxima.

Oto se disponía a dar la voz de alarma..., pero el padre le contuvo. Presentía que iba a sucumbir en la lucha inminente y, antes, quería comunicarle sus últimos deseos.

Eran estos que su hijo renunciara al mundo, si sobrevivía a la fatal refriega, y que, retirado en una cueva de la montaña, dedicase el resto de sus días a la piedad y a la oración, consagrado solamente a Dios y a San Juan Bautista, del cual era muy devoto. Pero si alguna vez sentía el hervor de su sangre moza que le empujaba a la lucha contra los infieles, entonces debía abandonar el asilo, ir en busca de sus hermanos de fe, reunirlos en torno suyo y crear un pequeño ejército que iniciase la reconquista de la invadida patria.

Oto besó a su padre. Las lágrimas corrían por sus ojos... Inmediatamente bajó al campamento y dio la voz de alarma.

Los caudillos de la pequeña tropa cambiaron impresiones rápidamente. Los ancianos, las mujeres y los niños fueron encerrados en la fortaleza, y los hombres útiles para la lucha se repartieron por el adarve, unos a las torres, otros a las puertas... El ejército enemigo llegaba al pie de la muralla. Dando gritos salvajes, los moros se lanzaron al asalto con más ferocidad que valentía. Pero eran muchos, tenían mejores armas y, después de una desesperada brega, acabaron por arrollar a los heroicos defensores.

La matanza fue horrible, espantosa... Las curvas cimitarras no se fatigaban de verter sangre. ¡Qué noche tan horrible! Los bárbaros asaltantes arrasaron las cabañas y la fortaleza, entre cuyos escombros habían sucumbido los pobladores... Cuando se apagó el último lamento de las víctimas, los musulmanes abandonaron aquel campo de dolor y de muerte.

Amanecía... Una luz muy pálida empezaba a sonrosar las cumbres... En lo profundo del foso, donde se hacinaban los cadáveres, un cuerpo ensangrentado empezó a rebullirse. Era el de Oto.

Con grandes esfuerzos consiguió enderezarse en aquel campo de desolación, y, al recobrar la conciencia de sí mismo, recordó que los moros le habían arrojado desde lo alto de la muralla; se sentía

magullado, con una herida en la frente; pero el frío de la noche había contribuido a coagular la sangre de esa herida.

En cuanto pudo se puso en pie y, tambaleándose, corrió a buscar los cuerpos de su padre y de su hermano. El primero que encontró fue el del padre. Estaba muerto; pero el pálido rostro tenía una expresión de paz. Con los ojos llenos de lágrimas oró ante el cadáver del ser querido, y, después, le ente- rró en el mismo lugar donde se habían despedido la noche antes.

Continuando la busca entre los cuerpos exánimes, halló también a su hermano, que aún alentaba. Oto se apresuró a curarle las heridas que, afortunadamente, no eran profundas, y Félix pudo reanimarse. Cuando ya se tuvo en pie, ambos hermanos se abrazaron con emoción, y después, poco a poco, fueron alejándose del lugar de la matanza.

Oto y Félix construyeron una casa humilde, labraron la tierra y se dieron, también, a la caza.

Oto añadió una letra a su nombre y se llamó Voto, para recordar la promesa de cumplir con los deseos paternos. Y pasó un año...

Es una mañana clara. Voto monta un veloz caballo y recorre el bosque para cazar.

De pronto, un ciervo enorme salta de entre los matorrales y emprende una carrera veloz. Voto le sigue, espolea al caballo sin cesar. La res y el caballero atraviesan el bosque y salen a una llanura despejada, uno en pos del otro..., pero no se dan cuenta de que la tierra está cortada bruscamente por un precipicio... El ciervo se despeña en la profundísima cortadura; el jinete da un tirón de las riendas; pero ya es tarde para sujetar al caballo, que salta sobre el vacío..; Bajo las patas del animal ya no hay suelo, sino un abismo insondable...

Voto se encomienda a San Juan Bautista y aguarda el golpe mortal , pero el caballo se sostiene en el aire milagrosamente. El caballero vuelve las riendas; gira el corcel y, otra vez, asienta las patas en la perdida llanura.

Repuesto del terrible susto, y después de dar gracias a Dios por el prodigio, el jinete echa pie a tierra y se asoma al despeñadero. Está cubierto de matojos que se agarran a las peñas... Voto desciende, con precaución, por los empinados vericuetos... y descubre la entrada de una cueva casi oculta por las zarzas y por los espinos.

Lleno de temor- porque los sucesos de aquel día tenían algo de misterioso-, penetra en el subterráneo. Al fondo se vislumbra un altar muy rudo, labrado en la peña, y, en el altar, una imagen de San Juan Bautista alumbrada por los postreros y débiles resplandores de una pobre lamparilla, cuya luz se extingue por momentos.

Rígido, sobre el suelo de la gruta, yace el cadáver de un ermitaño. La cabeza del viejo se apoya sobre una piedra triangular, en la que pueden leerse unas pocas palabras, las precisas para saber que el hombre se llamaba Juan y que había nacido en el próximo pueblecito de Atarés.

Aquel cenobita era el constructor del tosco altar, y se había retirado del mundo para pedir al Señor, por mediación del Bautista, el resurgimiento de la patria, bárbaramente invadida.

Voto se arrodilló ante la santa imagen y prometió, solemnemente, continuar una existencia retirada como la del muerto anacoreta, para orar por la patria en aquel retiro mismo y durante el resto de su vida.

Vuelto a la casa, refirió a Félix todo lo que le había sucedido en aquella mañana memorable, y ambos hermanos, abandonándolo todo y vestidos con tosca estameña, se refugiaron en la gruta para entregarse a la penitencia y a la oración.

Vivieron así quince largos años, en la más estrecha regla cenobítica, sin que acontecimiento ninguno conturbara la soledad y la paz de aquellas alturas agrestes.

Hasta que un día vieron dibujarse, en la entrada del subterráneo, la silueta de un hombre. El recién llegado avanzó unos pasos y se desplomó...

Los hermanos corrieron hacia él. Estaba muy mal herido. Una lanzada terrible le abría la espalda. Félix y Voto se apresuraron a recogerle, y, entonces, pudieron oír de sus labios, con palabra entrecortada, una breve relación: los moros le habían herido, y en pos de sus huellas y del rastro sangriento, llegaron a aquellos lugares montuosos, donde buscaba refugio, hasta que, viéndole caer, diéronle ya por muerto. N o lo estaba, sin embargo, y al descubrir la puerta de la gruta, pudo hacer un esfuerzo sobrehumano para dirigirse a ella. Pero tenía que darles una buena noticia: Pelayo, un noble visigodo amigo de Roderico, había enarbolado la enseña de la fe, y en el nombre de Cristo, acababa de derrotar a los moros allá, en la lejana Asturias, cerca de otra gruta dedicada a Nuestra Señora Anseta y cuyo nombre era Covadonga.

Al oír estas palabras, Voto recordó los consejos de su anciano padre la víspera de morir:

-Si algún día sientes que el hervor de la sangre te empuja a la lucha contra los infieles, reúne a tus hermanos de religión y emprende la reconquista de nuestro suelo...

Ese día acababa de llegar. A la mañana siguiente, vestido aún de cenobita y con un tosco báculo en la mano, Voto partió a recorrer toda la comarca, de choza en choza, de aldea en aldea, de pueblo en pueblo..., y fue reclutando, aquí y allá, a los hombres más valientes y decididos de la montaña, y a cada uno de ellos le citó para que, en un día determinado, acudiese a la cueva de San Juan Bautista.

Efectivamente..., en la fecha señalada, he aquí a los jóvenes más esforzados, a los hombres más robustos del Pirineo, que se dirigen hacia la cueva de Atarés por todos los caminos y senderos de la montaña, procurando no ser vistos, pero con la fe puesta en Dios.

Ni uno solo falta a la cita. del ermitaño, y son más de trescientos los que se juntan. Ya están en la cueva, ya se postran ante el altar de San Juan Bautista, ya elevan sus preces al Señor para que bendiga la empresa que van a acometer y para que guíe sus pasos.

Inmediatamente después eligen, de entre ellos, al que parece más apto y decidido. Es el valeros Garci Ximénez, a quien proclaman rey allí mismo.

Hecho esto, el grupo de caballeros abandona la cueva de Atarés para dar comienzo a la reconquista de Aragón.

CATALUÑA

DOS LEYENDAS DEL CONDE VIFREDO

I

Carlomagno, el emperador de la barba florida, reinaba en la dulce Francia. No hacía mucho tiempo que el temerario Carlos Martel había derrotado a. las tropas musulmanas en la famosa batalla de Poitiers; pero el soberano de Córdoba tenía puestos sus ojos en los feraces campos de las antiguas Galias, y fue preciso crear una serie de reinos y condados fronterizos a lo largo de una y otra vertiente de los Pirineos para que sirviesen de barrera militar a las ambiciones de los infieles.

Así nacieron el reino de Aquitania y el de Navarra, que primero fue condado, como los de Sobrarbe, Urgel y alguno más, a todos los cuales prestaban los monarcas franceses un decidido apoyo.

Gobernaba el condado de Barcelona un sobrino del emperador, llamado Vifredo, a quien habían puesto el sobrenombre de Velloso, porque era muy peludo.

Un día, Vifredo recibió carta de Carlomagno firmada de su mano y sellada con su sello, por la cual pedíale que corriese a ayudarle en la guerra que estaba sosteniendo contra los normandos.

Vifredo era valiente como un león, y no se hizo esperar. Allá fue con sus tropas.

Y Carlos, el de la barba florida, y Vifredo, el Velloso, atacaron al enemigo con tal denuedo que los normandos quedaron totalmente vencidos; pero una flecha, disparada por alguno de sus arqueros, fue a clavarse en el pecho del valiente conde de Barcelona, quien cayó del corcel, bañado en sangre.

La noticia llega a oídos del Emperador, e inmediatamente corre al lugar del desdichado suceso.

Vifredo había sido retirado del campo de batalla y yace en una tienda del real, o campamento, cuando se presenta Carlos en persona. La intervención del Conde había sido decisiva, y el emperador quiere recompensarle, generosamente, colmándole de riquezas en premio a una hazaña tan grande, que ya no es la primera, ni la segunda, en la brillante serie de sus campañas.

Pero Vifredo se niega a recibir toda clase de bienes materiales en recompensa, y solo pide una señal que pruebe a los ojos del mundo el reconocimiento de sus servicios heroicos; lo que desea no son riquezas ni tesoros, sino un honor...

Carlos se fija en el escudo de Vifredo, cuyo campo, de oro, todavía carece de pieza o de figura que le ilustre. Entonces moja los cuatro

dedos superiores de su venerable mano en la sangre que fluye de la herida abierta junto al corazón de Vifredo, y colocándolos seguidamente sobre el escudo, traza, con firmeza, desde el jefe a la punta, las cuatro barras de gules que habrán de campear, desde entonces, en sus armas y en las de todos sus descendientes en el Principado de Cataluña y en los Reinos de Aragón y de Valencia.

II

Mucho tiempo llevaban los moros en lucha contra los cristianos, pero sin conseguir que el condado de Cataluña cayera en su poder. Se hacía preciso acudir a un arma nueva, arma que sembrara el pánico en territorio enemigo y un moro inteligente, que no sabemos quién fue, tuvo la idea feliz de llevar un dragón, un terrible dragón, a Cataluña.

Esta clase de monstruos existía entonces en África. Los moros atraparon uno pequeño, jovencito, pero que ya volaba como un halcón y corría como un toro. Subieron al pequeño monstruo por la cuenca del Llobregat y le metieron en una de las muchas cuevas que horadan la montaña de San Lloréns. Allí le dejaron, seguros de que, al crecer y hacerse adulto, contribuiría decisivamente a la derrota de los catalanes.

El dragón era, en realidad, una cría de dragón, y los moros tuvieron que cuidarse de alimentarlo hasta su completo desarrollo. Les interesaba mucho que el monstruo adquiriese gran tamaño y fiereza y había que criarle bien. De suerte que le llevaban ovejas, ternerillos y cuantos animales arrebataban a los cristianos en sus frecuentes correrías. El dragoncillo engullía aquellos alimentos como el niño que se toma su biberón, hasta que ya pudo valerse por sí mismo. Y, entonces, ¡qué satisfacción la de los moros!, porque la fiera que habían criado en las cavernas de San Lloréns era el dragón más feroz que se ha conocido. En España, desde luego, no ha habido otro comparable. En un solo día devoraba rebaños comp1etos, y si no los hallaba o tenía más hambre, se comía también a las personas.

Cataluña entera vivía atemorizada, y en el valle del Llobregat era imposible la existencia. Todo el mundo se lamentaba, y el buen conde Vifredo quiso poner fin a tan terrible calamidad.

Llamó, pues, al más famoso de sus guerreros, el caballero Spes, y puso a sus órdenes una tropa escogida entre lo mejor de su ejército para que, al frente de ella, fuese en busca del monstruo y le apresara o le diera muerte.

El caballero Spes y su aguerrida tropa salieron al galope, a rienda suelta, con las viseras caladas y las lanzas en los ristres, dispuestos a matar al dragón o a morir en el empeño.

Cuando los jinetes llegaron a la cueva del monstruo, un poco fatigados por la carrera, cuesta arriba, el dragón estaba devorando a un hombre. Pero, al ver a sus atacantes, soltó la presa, tomó carrerilla y

levantó el vuelo para atacarlos, mientras lanzaba silbidos tremebundos y bramidos horrísonos.

Los soldados de Vifredo sentían que se les helaba la sangre; pero, sobreponiéndose al justificado pavor y decididos a morir en la lucha, picaron espuelas a sus corceles. Mas, los aterrorizados caballos dieron media vuelta y emprendieron una carrera loca, desalentada, que los jinetes no pudieron sujetar hasta que, espumeantes y sudorosos, se precipitaron por una sima en la que perecieron todos los animales y muchos hombres. Ese lugar, de tan terrible memoria, se llama, todavía, la Sima de los Caballeros.

Cuando los supervivientes regresaron a presencia del valeroso conde, todavía temblaban.

Al oír su relato, Vifredo sintió que se le encendía la sangre, y, requiriendo sus armas y su caballo, partió hacia la montaña de San Lloréns completamente solo. Pero, en el camino, cortó una gruesa rama de árbol.

Y así se presentó delante de la cueva, que despedía un olor fétido y asfixiante.

El dragón estaba dentro. Vifredo se acercó a la entrada de la caverna y empezó a meter por ella la rama del árbol, hasta que se detuvo en la escamada piel del monstruo. Rugió la fiera terriblemente, y de un zarpazo partió la rama por la mitad, pero de manera que uno de los trozos cayó sobre el otro, formando una cruz.

El conde tomó este hecho casual por un aviso del cielo, y, lleno de coraje, desenvainó la espada, lanzándose contra el dragón para matar o morir.

Pero el arma no hizo más que arañar la piel del monstruo, el cual apresó al conde con sus poderosas garras y se dispuso a volar, abriendo sus enormes y membrudas alas de murciélago disparatado.

Los esfuerzos del conde eran inútiles; no podía desasirse en manera alguna. Y el dragón se lanzó al espacio, siempre con Vifredo en las uñas, y con los trozos de la rama en forma de cruz.

El conde clavó los ojos en ella, mientras se encomendaba a Dios con toda el alma. Aún esgrimía su lanza, que no había perdido, a pesar de lo desesperado de la lucha. Calculó dónde podía tener el monstruo el corazón, y, con tiro certero, se lo partió de un solo golpe.

El dragón había muerto; pero no cayó inmediatamente, sino mucho más allá, en el monte que todavía se llama Cerro de la Cruz.

El conde de Barcelona salió milagrosamente ileso. Con su indomable arrojo acababa de salvar al país del más terrible de los azotes.

La piel del dragón, rellena de paja, fue expuesta en Barcelona, para que todo el mundo pudiera admirar el heroísmo de Vifredo el Velloso.

LA ESPADA DE SAN MARTÍN

Señor- dijo el atalaya-, un ejército de moros viene subiendo por Bañolas hacia la plana de Santa Pau.

El conde de Besalú requirió su corcel en el acto, mandó que los trompeteros tocasen al arma y que los soldados acudieran al patio del castillo. Allí se reunieron todos; y de allí partió el ejército para enfrentarse con el enemigo.

El conde de Besalú era un rayo en la guerra y tenía fama, bien merecida, de contarse entre los paladines más valientes de toda la Cristiandad.

Arremetió a los musulmanes, al frente de sus hombres, con el ímpetu de una roca desgajada que rueda por una pendiente. Al primer choque derribó a un moro como un castillo, ensartó a otro en su lanza, la quebró en un tercero, y, echando mano de la cortante espada, partió por la mitad a un cuarto enemigo, rajándole desde la cimera del casco hasta la montura del corcel. Inmediatamente se revolvió contra un nuevo atacante y, de otro poderoso tajo, le tendió en tierra; pero esta vez la espada saltó hecha añicos.

El conde encontróse desarmado en el fragor del combate y no tuvo más remedio que alejarse de él para no sucumbir inútilmente.

El encuentro se hallaba en su punto crítico, y la refriega no se decidía por ninguno de los dos bandos.

Pero el conde de Besalú no era solamente un guerrero, sino también un buen cristiano, y pensó que, si su fuerte brazo resultaba ya impotente para ayudar a los suyos, quizá su arraigada fe pudiera hacer mucho por ellos. Dirigió, pues, el caballo, sudoroso, hacia una ermita de San Martín próxima al lugar del combate, descabalgó con agilidad y, penetrando en el oscuro santuario, se puso de rodillas ante el altar. Su oración fue desesperada y fervorosa.

-Señor San Martín, que fuiste un gran creyente y tan buen caballero: no abandones a los míos en el combate; ayúdalos, puesto que yo carezco de un arma con la que volver a la lucha contra los enemigos de Cristo y de su Santa Iglesia...

Mientras el conde oraba con fervor, los valientes catalanes empezaron a notar su falta y a retroceder, desmoralizados por la pérdida de tan gran jefe.

Entre tanto, el conde se había quedado absorto en su oración, y, por eso, tal vez, le parecía un sueño lo que veían sus ojos: la imagen del Santo empezaba a moverse, dirigía la mano diestra al cinto, y desceñía la espada; luego, se la alargaba a él, al fervoroso conde, para que la empuñase. El de Besalú se restregó los ojos. ¿Soñaba, tal vez? Pero San Martín continuaba ofreciéndole su espada.

Y el conde ya no vaciló más; alargó la mano, cogió el arma, se puso en pie y salió de la ermita rápidamente, para montar de un salto en su corcel, al que espoleó de nuevo, en dirección al campo de la lucha.

Como una tromba, el conde de Besalú se abrió paso entre los suyos hasta ponerse delante de todos.

- ¡San Martín! -gritó con voz estentórea, arremetiendo contra la morisma.

Al poco tiempo, los cadáveres de los sarracenos cubrían completamente el llano de Santa Fe. La victoria de los catalanes había sido rotunda.

Ya volvían los vencedores hacia Besalú, cuando la fatiga del esfuerzo les obligó a hacer un alto en Collsatrapa.

Hasta entonces poco habían hablado los guerreros entre sí; mas, durante el breve descanso en tan bello lugar, el momento se presentaba propicio para que cada uno comentase las peripecias del encuentro. Y todos coincidieron en que jamás habían visto a su señor dar golpes tan terribles, a pesar de que venían acompañándole ya en numerosas batallas. Pero en esta ocasión parecía que su espada se había multiplicado, repartiendo los cintarazos más tajantes que nunca habían visto.

El conde escuchaba estos comentarios y no tuvo el menor inconveniente en relatar lo sucedido: San Martín le había dado su espada. Pero la explicación era tan increíble que los soldados empezaron a sonreír...

Entonces el conde desenvainó el maravilloso acero, y blandiéndolo con vigorosa destreza, lo dejó caer sobre una roca enorme y la hendió por la mitad.

Esta piedra existe aún y se llama Pedratallada. Pero son muy pocos los que saben y cuentan que fue un conde de Besalú quien la partió con la espada de San Martín.

VALENCIA

LA ESCALA DE LA DONCELLA

Sobre la antigua ruta de Almansa a Játiva, y en plena vega de Valencia, se halla el pueblo de Mogente, partido en dos por el río Bosquet, un tributario del Albaida, el cual afluye al Júcar.

El Bosquet y el camino corren juntos por un valle flanqueado por dos macizos de montañas, en las estribaciones de Sierra Enguera. Más allá, subido a un promontorio de rocas agudas que parecen amontonadas por legendaria mano, se alza el castillo de Montesa, famoso por la orden militar que de él tomó su nombre.

Algarrobos y naranjos adornan la campiña feraz y alegre, cuyo sistema de explotación. y regadío viene del tiempo de los moros.

En uno de los montes que encallejonan el río, a la entrada misma del pueblo, existe una escalera de peldaños elevadísimos y desiguales conocida por los nativos con el nombre de Escala de la Doncella. Tal escala posee una antiquísima historia, del tiempo de los moros, también, cuando era señor de Mogente y de su fortaleza, hoy en ruinas, el sagaz, valeroso y prudente sidi Mohamed Ben Abderramán Ben Tahir.

Ben Tahir era un hombre muy cultivado; sentía profunda afición por la literatura, escribía poemas, gozaba con los libros y con la vida campestre, y a ella se entregaba durante los escasos ocios que le concedían sus obligaciones de gobernante y de guerrero.

Pero el objeto de su mayor afición, de los más finos cuidados y desvelos entrañables, era una hija educada con la mayor solicitud por un sabio cautivo de los almohades y cuyo rescate había costado a Ben Tahir casi una fortuna.

La hija se llamaba Flor de los Jardines, y realmente lo parecía, porque era buena, inteligente y preciosa. También amaba la Naturaleza, y Ben Tahir había construido para la doncella una torre, que se unía al alcázar por largo pasadizo, y que dominaba la campiña en una gran extensión.

Al propio tiempo que lectura, Geografía, Historia y Religión, el sabio ex cautivo enseñó a Flor de los Jardines el arte o ciencia de la magia.

Con un saber tan vasto y una apariencia tan bonita, no puede extrañamos que Flor de los Jardines tuviese mucho partido entre los caballeros de su edad.

Mas, a pesar de que siempre veía cumplidos todos sus caprichos por la solicitud del padre y de sus numerosos pretendientes, la hija de Ben Tahir era una mujer melancólica, soñadora, triste y metida en sí.

El padre se propuso distraerla, y pensó que nada sería tan a propósito como llevarla de viaje con él.

Y se pusieron ambos en camino; juntos visitaron las más esplendorosas cortes de Al-Andalus, donde la sola presencia de Flor de los Jardines levantaba tempestades de amor. Tenía más pretendientes que los dedos de las manos, entre los príncipes y entre los caballeros de mejores prendas personales, de mayor capital y de más brillante porvenir. Pero la joven rechazaba a todos, deseando solamente regresar a su torre solitaria, cabe el arroyuelo murmurador, para embebecerse allí en sus largas meditaciones, completamente abstraída.

Como Ben Tahir notase que el maestro de su hija también se pasaba las horas sumido en igual abstracción y parecida tristeza, un buen día le obligó a que confesara la causa de aquel estado de ánimo. Y el viejo sabio, astrólogo y hechicero, habló así:

---Alá te guarde, ¡oh noble Ben Tahir! Me preguntas por la causa de nuestra melancolía, y he de decirte que obedece a razones muy diversas. Tu hija está triste porque necesita llenar su alma de amor, como todas las doncellas jóvenes; pero es tan delicada y tan inteligente, domina las artes y las ciencias de tal modo...; en una palabra, es tan superior a los seres que la rodean, que no puede sentir ilusión por ninguno de ellos, pues posee más ciencia que los sabios y se sabe más poderosa que los príncipes. El ideal de tu hija no existe en el mundo, y, sin embargo, no se resigna a vivir sin él. Por lo que se refiere a mí, la causa es muy otra: me siento más viejo cada día; comprendo que mi existencia se acaba con celeridad y quisiera volver a mi patria para que mis días se extinguiesen en la misma tierra que me vio nacer.

Ben Tahir quedóse muy perplejo y no quiso decidirse a conceder el permiso que el sabio le pedía sin consultar antes con Flor de los Jardines, cuya salud le preocupaba mucho más, naturalmente.

Fue, pues, a hablar con su hija y le expuso la pretensión del anciano.

Flor de los Jardines respondió:

-Padre mío: de ninguna manera quiero que se vaya mi maestro hasta que me enseñe el último y el más grande de cuantos secretos conoce, secreto que todavía no ha querido revelarme. En cuanto me lo diga, seré completamente feliz.

El bravo Ben Tahir hizo que el sabio maestro viniese a presencia suya, le relató lo que acababa de hablar a Flor de los Jardines y la respuesta que ella le había dado. Así, pues, los deseos del viejo y los de la joven podían satisfacerse a la par en cuanto el anciano le revelara su gran secreto...

El antiguo cautivo escuchó atentamente a su señor y dijo después:

-El deseo de Flor de los Jardines encierra un gravísimo peligro. Tu hija ha descubierto que la escala gigantesca labrada en esas peñas próximas conduce a un palacio encantado, lleno de maravillas y de riquezas deslumbrantes; la subida por tan elevados peldaños es imposible, porque no fueron hechos para seres mortales, para pobres criaturas como nosotros. Por consiguiente, sería irrealizable llegar al famoso palacio si no hubiera otro medio para penetrar en él.

-¿Y ese otro medio existe?

-Existe, y yo le conozco. Ese es precisamente mi secreto. Pero me resisto a revelárselo porque lleva aparejado el riesgo al que acabo de referirme.

-Pues es necesario que mi hija conozca tu secreto; y si te niegas a revelárselo te arrojaré a la prisión de por vida, o quizá te la quite... De manera que tú tienes la palabra- amenazó Ben Tahir.

-Mi palabra es tu gusto. Pero te advierto que la entrada que yo conozco es tan peligrosa que tu hija podría quedarse en el palacio encantado por toda la eternidad.

-En ese caso yo mismo acompañaré a Flor de los Jardines, y tú también vendrás con nosotros; bien entendido que mis servidores recibirán órdenes de cortarte la cabeza en el caso de que mi hija y yo nos quedáramos en el maravilloso alcázar y te salvaras tú solamente.

-Hágase como tú quieras. Yo os esperaré en la escala misteriosa al primer canto del gallo.

Era medianoche cuando Ben Tahir y Flor de los Jardines, fieles a la cita, llegaron al pie de la escalera. El viejo mago ya estaba allí. Encendió una linterna para iluminar los desgastados folios de un libro antiquísimo.

Leía en alta voz, y al finalizar la primera página oyose un estruendo espantoso en el interior de la tierra.

El anciano continuaba, impasible, su lectura; el estruendo se hizo más fuerte aún, y, al terminar de leer la página segunda, una grieta enorme se abrió de pronto en la montaña.

Ben Tahir y Flor de los Jardines estaban aterrados; casi habían perdido todos sus movimientos; los paralizaba el horror.

El mago siguió leyendo hasta que dio fin a la página tercera, mientras la enorme abertura iba haciéndose más ancha cada vez. Una fuerza mágica separaba las paredes poco a poco... Dentro se veía un palacio magnífico... Luces deslumbrantes iluminaban las riquezas más fabulosas que podrían imaginarse. Los dorados techos estaban sostenidos por columnas de esmeraldas y los altos muros eran de piedras preciosas.

El anciano sacó un silbato, lo tocó, y Ben Tahir y Flor de los Jardines se precipitaron en el interior del maravilloso alcázar, pasmados en la contemplación de aquel prodigio.

Mientras padre e hija paseaban, con timidez, por el recinto encantado, el sabio seguía leyendo, sin cesar, aquellas palabras, para ellos iI)comprensibles.

Pasó una hora. El mago volvió a silbar y Ben Tahir y Flor de los Jardines corrieron a la salida. Una vez fuera de la montaña, las rocas se cerraron tras ellos, rugiente s y estremecidas como un volcán en erupción.

El señor de Mogente y la doncella irradiaban felicidad, si bien guardando el más absoluto secreto sobre las maravillas que habían visto, y el primero dio permiso al mago para que regresara a su tierra, como quería, mas con la condición de que entregase el libro mágico a Flor de los Jardines. Así lo hizo el anciano maestro, y Ben Tahir y su hija quedaron dueños de aquel.

Y pasaron los años. Ben Tahir y Flor de los Jardines eran dichosos con la posesión de tal conjuro, que abría el alcázar encantado.

Mas, un día, el señor de Mogente echó de menos a la doncella. Mandó a sus numerosos servidores que la buscasen por el palacio, y nadie la encontró. Comenzadas las indagaciones oportunas, sus esclavas dijeron que la habían visto salir a medianoche acompañada por un siervo, a quien había ordenado la esperase al pie de la escala gigantesca; pero que pasaron horas y horas y Flor de los Jardines no había vuelto aún.

Ben Tahir no necesitaba más explicaciones; corrió como un loco a la escala y empezó a llamar a su hija desesperadamente. Dentro de la tierra se oyó un quejido lastimero..., después otro. Era la voz de Flor de los Jardines.

El padre, impotente para desencantar a la hija que tanto amaba, ordenó a todos sus esclavos y servidores que empezasen a derribar la escalera maldita y a deshacer la montaña. Pero, a medida que profundizaban, con un esfuerzo y un trabajo agotadores, la voz de la doncella se escuchaba más lejos. Los quejidos, no obstante, los animaban a continuar, hasta que fueron cayendo, uno tras otro, extenuados por una tarea tan sobrehumana como estéril.

Comprendió Ben Tahir que solamente la magia podía romper aquel encantamiento, y embarcó hacia África para visitar al sabio profesor, que residía en Mequinez, por si podía poner fin a su irresistible sufrimiento.

Pero cuando Ben Tahir dio con la casa del viejo mago, ya se hallaba este postrado en el lecho, a punto de morir. N o obstante, se esforzó en parecer afectuoso; pero a las angustiosas preguntas del desolado padre apenas pudo responder, balbuceando, que su ciencia mágica era impotente para des- encantar a Flor de los Jardines. Y, dicho esto, expiró.

Transido por la pena, desesperado, Ben Tahir murió también al día siguiente...

Y dicen los viejos del pueblo que las lamentaciones de la doncella se oyen todavía, de vez en vez, y, sobre todo, cuando llega la medianoche.

De cien en cien años se produce una aparición prodigiosa, que los más viejos de Mogente confirman con su veraz testimonio y aun los habitantes de las aldeas cercanas: trátase de una mujer hermosísima, ataviada con riqueza deslumbrante, y más parecida a una hurí de las que habitan el paraíso musulmán que a un ser humano; desciende por la escala en actitud mayestática, y aguarda a que un simple mortal se acerque a ella algún día con el propósito de desencantarla; pero la verdad es que, desde hace seis siglos, nadie ha podido hacerlo, hasta ahora, pese a que el hombre que lo alcanzara podría desposarse con tan hermosísima doncella...

Quizá se trate de un empeño vano, y la hija de Ben Tahir deba permanecer encantada eternamente.

MURCIA

LA NAVE FANTASMA

Reinaba en España don Felipe III de Habsburgo cuando se levantó en Murcia la llamada Tela del Regimiento. Se daba este nombre a una cerca destinada a separar los dos campos en que debía partirse la liza, o palenque, donde se realizaban los ejercicios caballerescos de la época: torneos, justas, carreras de cañas y otros. Y levantar la tela significaba lo mismo que organizar las fiestas antes mencionadas. En ellas tenían ocasión de probar su destreza los caballeros de todo el país.

Uno de los que se lucieron más en las justas y torneos de Cartagena, celebrados entonces, era el joven cacereño don Luis de Garre, por su apostura, por su arrogancia, por su valentía y por su habilidad. Una historia triste le había alejado de la población durante dos años, al cabo de los cuales volvía lleno de orgullo y de optimismo para reanudar su vida de triunfos en el campo de los torneos y en el de las conquistas amorosas, pues era guapo y arrogante mancebo.

Mas, la apariencia física, desgraciadamente, no correspondía a su condición moral.

Antes de su voluntario destierro de Cartagena había cortejado a una hermosa joven de la que se enamoró locamente: me refiero a doña Leonor de Ojeda, hija del alcaide del castillo, en el cual habitaba con su padre.

El caballero don Luis amaba apasionadamente a doña Leonor; pero la hija del alcaide Ojeda tenía relaciones con don Carlos de Laredo, un joven de reputación excelente, que la correspondía con profundo cariño.

La pretensión de don Luis no tenía, por tanto, la menor posibilidad de conseguirse. Don Carlos y doña Leonor se amaban y el galán poseía las mismas cualidades que don Luis, más el favor de su ;prometida.

El despecho del caballero Garre y la envidia de la felicidad ajena le llevaron a cometer la mayor de las iniquidades. Supo que la vida de don Carlos ocultaba un trágico secreto y se valió de sus noticias para deshacerse de él y poner fin a su felicidad.

Corrían los años en que la intransigencia religiosa dominaba en los países del mundo. España sostenía una lucha sangrienta en toda Europa contra los príncipes protestantes y en el Mediterráneo contra los piratas argelinos y turcos.

Los reyes temían que estos últimos pudieran estar en relación con los moriscos y con los judíos del interior de la Península, y, creyéndose dueños de las conciencias ajenas como de sus propios bienes, habían expulsado a estos y a aquellos del territorio nacional, so pena de quitarles la vida.

El tribunal del Santo Oficio de la Inquisición espiaba sin cesar a los supuestos herejes, y una vez convictos y confesos de profesar una religión distinta de la católica, los entregaba a la justicia de Su Majestad para que aplicase la pena correspondiente. Esa pena era capital en los casos más graves de apostasía y contumacia.

En aquella sociedad tan obsesionada por la fe y tan despreciativa de la caridad, los religiosos y los que no lo eran estaban persuadidos de servir a Dios cometiendo semejantes crímenes.

Por estas razones, quienes profesaban una religión distinta de la imperante en el país o de la que practicaba su príncipe, vivían expuestos a los mayores peligros en España y fuera de España. Y este era el caso de don Carlos de Laredo, nombre y apellido que ocultaban a Yusuf Ben Alí, hijo de Mohamed y hermano de Fátima, todos ellos mahometanos honrados y fervorosos, pero ocultos bajo la falsa apariencia de un catolicismo en el que no creían.

Jamás está bien aparentar una religión y profesar otra: la falsedad merece la más rotunda censura; pero, en este caso, podía atenuarse el delito por el temor a la muerte y Mohamed y sus hijos estaban convencidos, además, de que servían a Dios profesando la fe mahometana.

El perverso don Luis tuvo que hacer poco para desprenderse de su favorecido rival: denunciarlo por morisco encubierto.

El Santo Oficio prendió a Yusuf Ben Alí, que fue condenado a la última pena. Su fe y su fortaleza de ánimo le acompañaron hasta el fin,

y murió en la hoguera encomendándose a Dios y proclamando su creencia en la religión de Mahoma.

Doña Leonor de Ojeda, consternada, rechazó con asco al infante delator, y el desgraciado Mohamed enfermó gravemente, de profunda tristeza y melancolía, que solo se consolaba cuando la hija entrañable, Fátima, le exponía sus proyectos para que no quedase impune el espeluznante homicidio.

Don Luis, además de malvado, era cobarde, y desapareció de España.

Mohamed, al sentirse morir, hizo jurar a Fátima que vengaría la muerte del hermano, y luego entregó el espíritu.

En fin, después de dos años, la historia parecía olvidada. Nuevos acontecimientos atraían la atención de las gentes, y don Luis regresó a Cartagena para lucirse en el palenque de la recién levantada Tela.

Hermosas damas se le disputaban, y el caballero recibía constantemente billetes más o menos expresivos del amor que solía despertar.

Alguien, un día, hizo llegar a manos del caballero una carta, que decía de esta manera:

"si sois tan valeroso para amparar a una dama como esta tarde lo habéis sido en el Campo de la Tela, al toque de queda os espero en el molino arruinado que hay a la entrada del camino de Canteras".

Don Luis no pensó que se tratara de ningún lance peligroso; supuso que el texto del billete encubría una cita de amor, pues la letra era de mujer y estaba muy acostumbrado a estos azares. Así, pues, a la hora señalada se presentó en el molino. Era completamente de noche.

Y, en efecto, unos minutos después oyó los pasos de una doncella, que no tardó en presentarse con el rostro oculto por el manto, como era costumbre entre las damas de entonces y en trances por el estilo.

Las palabras de la dama descubrían interés, primero; después, afición. Don Luis dejábase cortejar por la tapada, muy halagado porque parecía señora principal y de fortuna, si se juzgaba por su conversación y por sus vestidos. El aspecto de las manos y del talle correspondían a una mujer hermosa.

Hacía calor... La dama ofreció a don Luis una bebida refrescante; el caballero apuró la bebida... Siguió la conversación, cada vez más interesante, y, de pronto, don Luis se desplomó sobre el suelo.

La dama sacó entonces unas cuerdas, que ocultaba entre las ropas, y amarró fuertemente los pies y las manos del caballero.

Luego salió del molino arruinado, hizo una señal y aparecieron dos hombres con una litera. En, ella metieron al desmayado joven y echaron a andar. La tapada partió detrás de ellos.

A la luz de la luna bordearon la falda del monte Sicilia, hoy Atalaya, y, por fin, se detuvieron en una pequeña ensenada, cerca del antiguo morabito, o santuario, de Selin El Algamek.

De este primer nombre musulmán se derivó el de cala Algameca, de nuestros días.

En el mar apareció un esquife que se acercaba a la playa rápidamente, y en el esquife desaparecieron, luego, la dama y el caballero desmayado.

La ligera embarcación bogó hasta situarse junto a una galera que enarbolaba la insignia de la media luna.

Cuando el prisionero empezó a recobrar el sentido, ya se encontraba en el sol lado de la embarcación, que navegaba, a todo trapo, rumbo a Argel. A su lado, la joven tapada le metía por las narices un frasco de sales, las mismas que, sin duda, le habían vuelto a la vida.

Don Luis quiso levantarse y no pudo; se lo impedían fuertes amarras. Pero su asombro y su terror subieron de punto cuando, en la tapada de la víspera, reconocía ahora las facciones de Fátima, la hermana del desdichado Yusuf.

Por la mente del caballero pasó, un instante, la horrible visión del joven don Carlos abrasándose en la crepitante hoguera por culpa suya.

Fátima no le dejó meditar; de sus labios tenía que oír la terrible sentencia: no sería sacrificado inmediatamente, como su infeliz hermano; estaba condenado a la vida espantosa del galeote, el remero esclavo de las galeras, amarrado al banco de las naves con fuertes cadenas, sufriendo en la espalda, continuamente, el latigazo del arráez cada vez que hiciera falta un esfuerzo supremo para impulsar el buque... Y, así, toda su vida, sin esperanza de redención. Esto era peor que la muerte. Yusuf y Mohamed habían sido vengados.

Por un instante penetró la luz en el oscuro recinto, para dejar salir a la figura de Fátima. Después se cerró la compuerta, y la sombra lo llenó todo nuevamente.

Era preciso escapar o morir por conseguirlo.

A dentelladas, con sobrehumanos esfuerzos, consiguió don Luis quitarse las ligaduras de las manos; luego, las de ambos pies, y, a tientas, fue en busca de una linterna apagada que pendía del techo y que había entrevisto, por casualidad, en los brevísimos segundos en que permaneció abierta la escotilla.

Cuando tuvo la linterna en sus manos, sacó de la escarcela, o bolsillo, un eslabón y una pajuela con ánimo de encender esta, y, efectivamente, hizo fuego... Mas un fuerte bandazo de la nave arrojó la pajuela contra la tarima. Levantóse en el acto, pero la pajuela encendida había ido a parar a un montón de estopa y cabos embreados, del que se levantó una espantosa llamarada. Un humo negro, espesísimo, llenaba el sollado, ahogando al prisionero. Don Luis empezó a buscar angustiosamente una salida, pues veía, con espanto, cómo el fuego alcanzaba ya a una barrica de pólvora. Pero sintió que le abandonaban las fuerzas. Iba a morir en otra hoguera él también. Sin duda era un castigo del cielo.

Hincóse de rodillas y pidió a Dios perdón por sus muchos pecados; pero, sobre todo, por el crimen que había cometido con el inocente Yusuf.

Una detonación horrísona, seguida de otras muchas, retumbó sobre el extenso mar. Espesa nube envolvía el casco de la nave ardiente, y, unos segundos después, se la tragó el agua.

Los pescadores de La Azohía, Porús, Escombreras y otros lugares de la costa, saben que "todos los años, el día de la Virgen, al amanecer, se oye en el mar una explosión semejante a un cañonazo, y que, pasados unos breves segundos, surge del agua la silueta de un buque misterioso que flota sobre ella, como una sombra, y se desvanece después.

Ellos le han dado el nombre de la Nave Fantasma.

ANDALUCIA

LA VIEJA DEL CANDILEJO

En Sevilla hay una calle que se llama del Candilejo. Este nombre evoca un sucedido de la época de don Pedro I de Castilla, a quien sus partidarios llamaban el Justiciero y sus enemigos, el Cruel. Don Pedro gustaba mucho de residir en Sevilla; hizo restaurar su alcázar morisco, lo amplió con magníficos salones y pasaba grandes temporadas en él. Todavía, al cabo de los siglos, se conserva un antiquísimo y retorcido naranjo en sus jardines maravillosos, que, según tradición, fue plantado por el propio don Pedro.

Era una noche lóbrega. No se oía ningún ruido en la angosta callejuela, cuyos vecinos dormían ya, sin duda, salvo la viejecita que habitaba, sola, en una casa muy pobre.

De pronto se oyó el choque de unas espadas, allí mismo, en el esquinazo de la calle, y, poco después, una voz agónica, desfallecida, que exclamaba: ¡Dios me valga! ¡Muerto soy!

La viejecilla, sin pensar en las consecuencias que podría .tener su acto, cogió el candilejo que la alumbraba y se dirigió a un ventanuco de la habitación. A la mortecina luz del candil pudo ver el bulto de un hombre bañado en sangre y caído sobre las piedras de la calle, y, a su lado, un caballero membrudo y alto, que permanecía con la espada en la diestra. La luz del candil iluminó el rostro del matador, quien se apresuró a cubrirlo con ambas manos, de manera que la curiosa mujer no pudo conocerle entonces.

Quizá arrepentida por lo que acababa de hacer, la vieja retiróse del ventanuco precipitadamente; pero con tan mala fortuna, quizá torpeza, que el candil se le cayó a la calle.

Su curiosidad no había quedado satisfecha; permaneció detrás de la ventana, para escuchar, y pronto oyó las pisadas del matador, bajo el muro, y el ruido, que ya conocía bien, de sus choquezuelas, o rótulas, al andar.

Por ese ruido tan extraño conoció que el matador era el caballero que pasaba todas las noches, a la misma hora, por debajo de su

ventana. La viejecita le había visto, furtivamente, más de una vez y sabía quién era.

- ¡Sálvanos, Virgen de los Reyes! -exclamó, y se puso a rezar.

A la mañana siguiente, los alguaciles de la ciudad hallaron el cadáver de la víctima, y el Alcalde Mayor, que era don Martín Fernández Cerón, comenzó rápidamente sus pesquisas para descubrir y encarcelar al asesino.

Se sospechaba de los judíos y de los moriscos, pobladores de aquel barrio. Alguien habló de una hermosa dama que recibía la visita de un personaje principal a altas horas de la noche; pero todos ignoraban quién pudiera ser el galanteador.

Los vecinos próximos al lugar del suceso no sabían absolutamente nada, ni habían oído nada, ni nada podían declarar.

El hecho levantó muchos comentarios en Sevilla y no pocas censuras contra la negligencia de sus autoridades. Hasta que el rumor público llegó a oídos del propio Rey como una oleada de protestas contra sus justicias, nombre que se daba, genéricamente, a los encargados de ejecutarla.

Don Pedro tuvo que tomar cartas en el asunto y llamó, con premura, al Alcalde Mayor.

-¿Es posible que dentro de Sevilla maten a un hombre y ni tú ni tus alguaciles hayáis averiguado, todavía, quién es el culpable? ¿Ni siquiera habéis encontrado algún indicio que os sirva de rastro para dar con él? ¿Puede ejercerse así la justicia que me ha dado fama?

El Alcalde Mayor excusábase en vano:

-Señor, hemos hecho todas las averiguaciones imaginables; pero he de confesar que, hasta ahora, han resultado inútiles; en el lugar del suceso tan solo hemos hallado un candil junto al muro de la casa donde vive una pobre mujer muy viejecilla, a quien, sin duda, pertenece. Pero esto, ¿ qué puede probarnos?

-¿ Has tomado declaración a esa anciana?

-Sí, Alteza; y ha reconocido el candil como suyo; pero asegura no saber nada más.

-Préndela de nuevo y tráela a mi presencia. Yo te aseguro que delante de mí tendrá que declarar…

El Alcalde Mayor salió del Real Alcázar temoroso y corrido, porque sabía muy bien que si el Rey se interesaba por el asunto y si este no se esclarecía pronto, su cabeza había de pagar por la del misterioso matador, y le faltaron minutos para dar cumplimiento a la orden recibida.

Algunas horas más tarde don Martín regresó al Alcázar, en uno de cuyos salones moriscos tuvo lugar la escena siguiente :

-Señor, esta es la vieja- dijo don Martín. La débil mujer se estremecía de miedo.

¿ Cuándo se había visto ella delante del Rey, en un palacio que le pareció de leyenda? Ningún contraste más elocuente que el de aquella vieja arrugada, retorcida como un haz de sarmientos, pequeñita, casi miserable, y el corpulento monarca, de gesto duro, de mirada fría, en lo más florido de su juventud y rodeado de un lujo oriental.

Preguntó el Alcalde Mayor:

- ¿ Conoces este candil?

-Sí..., ya he dicho que es mío- balbució la anciana.

-¿Y no has reconocido a la persona que mató al caballero?

-No la ví...

-Está bien- continuó el Alcalde-. Quieres que te obliguemos a confesar y vas a hacerlo muy pronto.

Los sayones empuñaron los vergajos, y ya se disponían a descargarlos fieramente sobre la insignificante viejecilla cuando dijo el monarca:

-Si sabes quién es el matador, te ordeno que declares su nombre. Mi justicia es igual para todos y nada tienes que temer de ella.

Pero la anciana, pálida y temblorosa, no se atrevía a fijar los ojos en don Pedro, que, sin duda, le parecía algún semidiós.

Y solamente pudo balbucear unas palabras ininteligibles.

-Empezad...-ordenó don Martín a los sayones.

-Todavía no-dijo don Pedro-. Mujer, por última vez te mando que delates al asesino, sea quien fuere, y si no lo haces te mandaré a ti a la horca.

- ¡Responde! -gritó fuera de sí el Alcalde-. Vamos... ¿Quién ha sido?

Pero la vieja callaba. Don Pedro insistió nuevamente, volvió don Martín a sus amenazas, avanzaron los sayones hacia la víctima, y, tan acosada se. vio esta que, al fin, sacando fuerzas de su debilidad, respondió temerosa, pero con aplomo:

-El Rey. El terror paralizó los brazos de los verdugos y selló la boca de don Martín. ¿Qué iba a suceder, santo Cielo? Mejor sería que se abriese la tierra y se los tragara a todos antes que el temido soberano abriese la boca.

Pero don Pedro, con voz templada y firme, rompió aquel silencio de muerte para declarar ante el general asombro:

-Has dicho la verdad y la justicia te ampara.

Sacó luego una bolsilla con cien monedas de oro, y se la entregó a la mujer, añadiendo:

-Toma: el Rey don Pedro sabe premiar a quien le sirve bien.

La viejecilla creyó que estaba soñando, mientras cogía la bolsa...

Prosiguió el monarca:

-En cuanto al homicida, será ajusticiado... Ya lo oyes, don Martín...

El Alcalde empezó a temblar; un escalofrío recorría todo su cuerpo, desde las uñas de los pies hasta las puntas de sus cabellos venerables.

Nuevamente la voz de don Pedro, grave, reposada, le sacó de su angustiosa perplejidad. Añadió el soberano:

-Mas, como nadie puede dar muerte al Rey de Castilla, mando que se degüelle su efigie, que se le corte la cabeza y que esta se ponga en la misma esquina de la calle donde fue muerto el caballero, para que sirva de escarmiento a todas las gentes.

Y así se hizo. Durante muchos años, una cabeza de don Pedro el Cruel estuvo clavada en aquella esquina de la calle del Candilejo.

ÍNDICE

CASTILLA

La leyenda de Fernán González

GALICIA

El tesoro del arriero

ASTURIAS

La fuente de la Xana

VASCONGADAS

Ari Biyur

ARAGÓN

La leyenda de San Juan de Atarés

CATALUÑA

Dos leyendas del conde Vifredo
La espada de San Martín

VALENCIA

La escala de la doncella

MURCIA

La nave fantasma

ANDALUCÏA

La vieja del candilejo